

en letras, ó en ingenio, ó en la virtud, ó en el talento, ó en otra cosa semejante; y vais vos con mayor descuido á referírsela al otro: ya veis qué estómago le puede hacer. Pensais que no haceis nada, y atravesaisle el corazon: *Verba susurronis quasi simplicia, et ipsa perveniunt ad intima ventris*, dice el Sábio. Prov. xxvi. Hay algunas cosas que algunos no las suelen tener en nada, porque no sé por dónde se las miraban, ó es que no las miraban: y miradas por donde se han de mirar, hacen tan diferente viso, que hay mucho temor y duda si llegaron á pecado mortal, por los inconvenientes y malos efectos que de ahí se siguen; y esta es una de ellas.

Y si decir estas cosas, y sembrar estas discordias entre los hermanos, es cosa tan perjudicial y tan perniciosa, y que tanto aborrece Dios; ¿qué sería si sembrase uno esta zizaña entre los súbditos y el superior? Y si fuese causa de desunion entre los miembros y la cabeza, entre padres é hijos; ¿cuánto mas aborrecible sería eso á Dios, pues esto se hace tambien con semejantes palabras dichas del superior? Grande amor y obediencia tenían al rey David sus súbditos (1), y muy unidos estaban con él; y porque oyeron decir mal de él y de su gobierno á un mal hijo suyo Absalon, le negaron la obediencia, y se levantaron contra él. ¡Oh cuántas veces acontece que

(1) II Reg. xv, 3, 6, 13.

viviendo uno con muy buena fe, y teniendo mucho crédito de su superior, y juzgando muy bien de todas sus cosas, y fiando de él su alma, y descubriéndole todo su corazon; por una sola palabrilla que el otro dijo, se cae todo esto, y en su lugar suceden mil malicias, dobleces y juicios temerarios, recatos, murmuraciones, y algunas veces de tal manera cunde esto, que aquel lo pega á este, y este al otro, y el otro al otro! No se puede acabar de creer cuánto daño hacen algunas palabrillas de estas.

Pero dirá alguno: Algunas veces le conviene al otro saber lo que se nota y dice de él, para que ande con recato, y no dé ocasion. Verdad es: mas entónces puédesele decir la cosa; pero no se le ha de declarar quién la dijo, y esto aunque se hubiese dicho en público, para que no se excuse nadie diciendolo que otro se lo habia de decir luego. Cada uno mirará por sí: y ¡ay de aquel por quien viniere el escándalo (1)! Y aunque el otro importune mucho por saber quién dijo aquello, y sepais que recibirá mucho gusto en ello, no se lo habeis de decir; que algunas veces engañó esto de dar contento al amigo. No es buena amistad esa; porque á él le haceis mal en decirselo, y al otro tambien, y á vos mismo mas; porque quedais con el escrúpulo del mal que hicisteis al uno y al otro. Entenderáse bien el mal é inconvenientes que hay

(1) Matth. xviii.

en esto; porque cuando uno avisa alguna falta de otro al superior, para que él con su paternal cuidado y providencia le pueda poner conveniente remedio, conforme á la regla que tenemos de ello (1), no quiere que el otro entienda que él lo avisó; y el superior lo procura y debe procurar hacer así, como se lo encomienda su regla, para que no sea eso causa de alguna amaritud ó disgusto entre los hermanos. Pues si aun cuando esto se hace legítimamente y conforme á la regla, y con caridad y deseo de mayor bien, con todo eso hay éstos temores, y es menester todo este recato; ¿con cuánta mayor razon se deben temer estos inconvenientes, cuando uno descubre al que dijo la falta, no legítimamente ni conforme á regla, ni con celo de caridad, sino con descuido, y con indiscrecion y con mal modo, y por ventura algunas veces con alguna emulacion ó envidia, ó con otros respetos no buenos, ó que á lo menos el otro podrá imaginar que son tales? San Agustin alaba mucho á su madre santa Mónica (2), de que oyendo muchas veces de la una parte y de la otra quejas y palabras de sentimiento y amargura, nunca referia cosa que hubiese oido de los unos á los otros, sino solamente lo

que podia amansarlos y desenójálos, y aprovechar para unirlos y reconciliarlos. Así lo habemos de hacer nosotros, siendo siempre ángeles de paz.

CAPÍTULO IX.

Que las palabras buenas y blandas ayudan mucho á conservar la union y caridad, y las no tales le son contrarias.

Una de las cosas que ayudará mucho á conservar y llevar adelante la union y caridad fraterna, son las buenas y blandas palabras. *Verbum dulce multiplicat amicos, et mitigat inimicos*, dice el Sábio. Eccli. vi. Las palabras dulces y suaves, dichas con amor y caridad multiplican los amigos, y mitigan y ablandan á los enemigos; y por el contrario: *Sermo durus suscitatur furorem*. Prov. xv. Las palabras duras, ásperas y desabridas, despiertan rencillas, y son causa de desunion: porque como somos hombres, sentimos de semejantes palabras, y como queda uno disgustado y sentido, ya no mira á su hermano como de antes: ya le parecen mal sus cosas, y por ventura dice mal de ellas. Por esto importa mucho que nuestras palabras vayan siempre con alguna sal de gracia y de suavidad, de manera que causen amor y caridad, conforme á aquello del Eclesiástico, cap. xx: *Sapiens in verbis se*

(1) Regul. 9 summar. Const. et 20 communium. Regul. 123 Provincialis: caveat que, ne minimo quidem indicio eos, qui sibi aliquid referunt, prodant.

(2) August. lib. 9 Conf. cap. 9.

ipsam amabilem facit: El hombre sábio con sus palabras se hace amable. Y cuanto á lo primero, es menester advertir aquí, como fundamento para todo lo que se ha de decir, que no se engañe nadie en esto con decir: Son de mucha virtud mis hermanos, y no se escandalizarán ni enojarán por una palabrilla algo alta ó desabrida, ni miran eso. Ahora no tratamos de lo que son ó han de ser vuestros hermanos, sino de lo que vos habeis de ser, y cómo os habeis de haber con ellos. Dice muy bien san Bernardo á este propósito (1): Si dijéreis: ¡Oh qué no se ofenderá el otro por cosa tan liviana! Respondo: *Quanto levior est, tanto à te levius potuit non committi*: Cuanto la cosa es mas liviana, tanto mas fácil la pudiérais vos excusar. Y san Crisóstomo dice (2), que antes agrava eso mas vuestra culpa, pues no os supísteis vencer en una cosa tan ligera. Por ser vuestro hermano bueno, no por eso habeis vos de ser ruin: *An oculus tuus nequam est, quia ego bonus sum?* Matth. xx. Pues digo, que á todos habemos de tener en mucho y no pensar que son tan de vidrio, que se sentirían de un no nada; pero con todo eso en el modo de tratar nos habemos de haber con ellos con tanto recato y tiento, como si fuesen de vidrio, y los mas frágiles y quebradizos del mundo, no dándoles ocasion de nuestra

(1) Bernard. super Cantic.

(2) Chrysost. homil. 70 in Matth.

parte para que se puedan tentar ni desabrir por flacos é imperfector que fuesen: y esto, lo uno por lo que toca á nosotros; porque el tener el otro mucha virtud y perfeccion, no quita ni hace que deje de ser falta la nuestra: lo segundo, por lo que toca á nuestros hermanos; porque no todos ni todas veces están tan dispuestos ni tan á punto que dejen de sentir las faltas que se hacen con ellos.

Cuáles sean las palabras de que nuestros hermanos se pueden ofender, no es dificultoso de entender; porque por ahí podrá sacar cada uno las palabras y el modo de decir las, de que podrá gustar ó disgustar á su hermano. Esta es la regla que nos da el Espíritu Santo por el Sábío, para saber cómo nos habemos de haber con nuestros hermanos: *Intellige, quæ sunt proximi tui ex te ipso*. Eccli. xxxi. Mire cada uno si se sintiera él de que el otro le hablase con sequedad, y de que le respondiese desabridamente, y de que le mandase con resolucion y con imperio; y guárdese de hablar de esa manera, porque el otro tambien es hombre como él, y se podrá sentir de lo que él se siente. Tambien es muy buen medio para acertar á hablar, como debemos, la humildad. Si uno fuere humilde y se tuviere por el menor de todos, no será menester mas: eso le enseñará cómo se ha de haber. Nunca dirá á nadie palabra descompuesta ni de que se pueda ofender, sino á todos habla-

rà con respeto y estima. Claro está que no dirá uno al superior: No entiendo vuestra reverencia lo que digo; porque le habla como inferior, y le tiene respeto. Pues si dice eso y otras palabras semejantes á su hermano, es porque no se tiene por inferior á él, y así no le habla con respeto. Seamos humildes, y tengámonos por los menores de todos, como nos lo aconseja el Apóstol (1), y eso nos dirá las palabras que habemos de hablar, y el modo con que las habemos de hablar; pero fuera de estas reglas y remedios generales, irémos diciendo en particular algunas maneras de palabras que son contrarias á la caridad, para que nos guardemos de ellas.

CAPÍTULO X.

Que nos debemos guardar mucho de palabras picantes, que pueden lastimar ó disgustar á nuestros hermanos.

Cuanto á lo primero, nos habemos de guardar mucho de decir palabras picantes. Hay algunas palabrrillas que suelen picar y lastimar á otro; porque disimuladamente le notan en la condicion, ó en el entendimiento ó ingenio no tan agudo, ó en alguna otra falta natural ó moral. Estas son unas palabras muy perjudiciales y muy contrarias á la caridad; y algunas veces se suelen decir por via

(1) Philip. II, 3.

de gracia y con donaire, y entonces son peores y mas perjudiciales; y tanto mas, cuanto con mas gracia se dicen: porque quedan mas impresas en los oyentes, y se acuerdan mas de ellas. Y lo peor es, que algunas veces suele quedar muy contento el que las dice, pareciéndole que ha dicho alguna delicadeza y mostrado buen entendimiento; y engañase mucho, que no muestra en eso sino mal entendimiento y peor voluntad; pues emplea el entendimiento que Dios le dió para servirle en decir dichos agudos que lastiman y escandalizan á sus hermanos, y turban la paz y la caridad.

Dice Alberto Magno (1), que así como cuando á uno le huele mal la boca, es señal que tiene allá dentro dañado el hígado ó el estómago; así tambien cuando habla palabras malas, es señal de la enfermedad que hay allá dentro en el corazon. Y ¿qué diría el glorioso san Bernardo (2) del religioso que es mordedor en los donaires? Si á cualquiera gracia en la boca del religioso llama él blasfemia y sacrilegio; á las gracias que son perjudiciales ¿cómo las llamará? Estas cosas son muy ajenas de Religion; y así todo lo que toca á esto ha de estar muy léjos de la boca del religioso, como es el tratar de apodos, y lo que dicen, dar

(1) Alb. Magn. tract. de virt. c. 2 de humilitate.

(2) Bernard. lib. 2 de consid. ad Eugen. in vit. Patrum.

cordelejo ó fisgar, y el hacer ó referir coplas graciosas que toquen falta ó descuido de alguno, y otras cosas semejantes; y ni en bur-las ni en veras es razon que se permitan; y por sí lo juzgará cada uno. ¿Gustárais vos de que otro os apodara, y que todos se rieran de que os cuadraba muy bien el apodo? Pues lo que no querriais que se hiciese con vos, no lo hagais vos con otro, que esa es la regla de la caridad. ¿Hogaríais de que en diciendo alguna palabra notable, luego haya quien se precie de no dejarla caer en el suelo, como dicen, y hagan platillo y conversacion de ella? Claro está que no. Pues ¿cómo quereis para otro lo que no quisiérais para vos, lo que sintiérais, y quedaríais muy corrido, si se hiciera con vos? Aun solo el nombre de cordelejo, y de fisgar ó apodar, ofende, y parece mal en la boca del religioso, cuanto mas la obra: y así habiamos de aborrecer tanto esto, que ni aun los nombres de ellos tomásemos en la boca, como dice san Pablo del vicio deshonesto: *Fornicatio autem, et omnis immunditia, nec nominetur in vobis, sicut decet sanctos*; de la misma manera ha de ser en esto: y así lo añadió san Pablo, y lo juntó con esotro: *Aut turpitud, aut stultiloquium, aut scurrilitas, quæ ad rem non pertinet*, ad Ephes. v, 3, esto es, *scurrilitas*. No dice con la santidad que profesamos, ni aun el nombrar esas cosas. Dice muy

bien san Bernardo (1): *Etenim si pro otioso verbo reddet unusquisque rationem in die judicii; quanto magis pro verbo impuritatis et turpitudinis?* Si de las palabras ociosas habemos de dar cuenta á Dios el dia del juicio; ¿qué será de las que pasan de ociosas? ¿Qué será de las que tocan á mi hermano? ¿Qué será de las perniciosas?

CAPÍTULO XI.

Que nos habemos de guardar de porfiar, contradecir, reprehender y de otras palabras semejantes.

Habemos tambien de guardarnos de porfiar con otro ó contradecirle; porque esta es una cosa muy contraria á la union y caridad fraterna: y el apóstol san Pablo nos avisa de ella, escribiendo á su discípulo Timoteo: *Noli contendere verbis: ad nihil enim utile est, nisi ad subversionem audientium*. II ad Tim. II, v. 14 et 24. Guárdate de porfias y contiendas; porque esas no sirven sino de desedificar á los que las oyen; y un poco mas adelante dice (2): *Servum autem Domini non oportet litigare; sed mansuetum esse, ad omnes docibilem, patientem*: Al siervo de Dios no le conviene porfiar (que eso quiere decir allí *litigare*); sino ser manso

(1) Bernard. de ordine vitæ et morum instit.

(2) Regul. 28 communium.

y pacífico con todos. Y así los Santos nos encomiendan mucho esto, y de ellos lo tomó nuestro santo Padre, y nos lo puso en las reglas. San Doroteo dice, que mas querria que no se hiciese la cosa, que no que hubiese contienda y porfias entre los hermanos; y añade: *Millies repetam hoc*: Mil veces repetiré esto. San Buenaventura dice (1), que es cosa muy indigna de los siervos de Dios porfiar y tener contiendas: *Muliercularum more*: Como las tienen las mujercillas y vendedoras. San Juan Climaco añade (2): El que es porfiado en llevar adelante su parecer, aunque sea verdadero, tenga por cierto que el demonio le mueve á ello: y la razon es; porque lo que suele mover á esto es el apetito demasiado que tienen los hombres de honra humana: por esto procuran salir con la suya por parecer sábios y entendidos, y quedar vencedores, ó por no parecer menos que los otros; y así el demonio de la soberbia es el que les mueve á esto.

Dos faltas puede haber aquí: la una es del que contradice á otro, que es el principio de la contienda y porfia, y el que emprendió el fuego; y así es mayor su culpa. En la cosa de que se trata, muchas veces no va nada en que sea así ó así; y en perder la paz y la caridad, lo cual se suele seguir de ahí,

(1) Bonav. in specul. discipl. in epistol. 3, cap. 3.

) Climac. cap. 4.

va mucho. El otro dice aquello con buena fe, y entiende que es así: dejadle con su buena fe; pues no va nada en ello. *De ea re, quæ te non molestat, ne certeris*, dice el Sábio, Eccli. xi. No tengais espíritu de contradiccion, que es mal espíritu, especialmente sobre lo que no os va ni os viene: aun cuando en ello fuese algo, ó se le pudiese seguir algun inconveniente á vuestro hermano de quedarse en aquel parecer, digo que es buen consejo no contradecirle entonces, sino despues aparte declararle la verdad, para que no quede en error; y con eso se consigue el fin, y se evitan los inconvenientes.

La otra falta que hay que advertir aquí es, que cuando aconteciere que otro alguno os contradiga, no porfieis vos, ni querais llevar adelante vuestro parecer y salir con la vuestra, sino despues que hubiéreis afirmado una ó dos veces lo que teneis por verdad, si no os creyeren, dejad á los otros sentir lo que quisieren: y esto ha de ser callando, como si mas no supiérais, no con un sonsonete con que algunos no tanto se muestran rendidos, cuanto deseosos de parecerlo, y de que los otros queden cargados.

El ceder uno como debe de su derecho, y dejarse vencer en semejantes contiendas y porfias, y apartarse de ellas, dice el Sábio que es de nobles y generosos corazones: *Honor est homini, qui sepa-*

rat se à contentionibus. Prov. xx. Y con mucha razon dice esto; porque este tal hace en esto un acto de caridad con el prójimo, atajando las amarguras y enojos que de las contiendas y porfías se suelen seguir, y hace un acto de humildad para consigo, venciendo el apetito de querer salir vencedor con honra: y hace un acto de amor de Dios, excusando las culpas que se podian seguir de la porfía, conforme á aquello del Sábio, Eccli. xxviii: *Abstine te à lite, et minues peccata*: Apártate de las contiendas, y disminuirás los pecados; y por el contrario, el que porfia, fuera de la desedificacion que en esto da, es causa de que se pierda la paz y la caridad, y que se sigan de ahí muchos inconvenientes y amarguras: y en lugar de ganar honra y estima, como él pretendia, la pierde; porque le tienen por cabezudo y amigo de salir con la suya, y que no sabe dar de sí. De santo Tomás de Aquino se dice (1), que en las disputas escolásticas nunca contradecía á ninguno porfiadamente, sino que decia lo que sentia con increíble mansedumbre y templanza de palabras, y sin despreciar á nadie, antes con estima de todos; porque no pretendia salir de la disputa victorioso, sino que la verdad fuese conocida. Bien sabido es tambien el ejemplo de aquellos dos viejos (2) que moraban juntos en una celda, y nunca

(1) In hist. Præd. part. 1, lib. 3, cap. 14.

(2) In vitis Patrum, part. 2, § 92.

habian tenido rencilla ni porfia entre sí, y quisieron probar á ver si sabrian porfiar sobre cuyo era un ladrillo, y no acertaron. Así nosotros no habemos de acertar á porfiar.

Tambien se ha uno de guardar de entremeterse en reprender y corregir á su hermano, aunque le parezca que lo hace con caridad y con buen modo; porque este oficio es del superior: y tener un superior ó dos que nos avisen y reprendan, llévase con algun consuelo; pero que el que no es superior quiera usurpar este oficio, no se lleva bien. No gustan los hombres comunmente de ser corregidos y reprendidos de sus iguales; y así tenemos regla (1), «que ninguno mande cosa alguna ni rependa á otro sin tener autoridad para ello del superior. Así como no puede uno mandar á otro sin tener autoridad del superior para ello, así ni corregir.» No es este negocio para fiar de todos: aun el mismo superior para haber de corregir á uno y avisarle de su falta lo ha menester mirar primero muy bien, y aguardar su coyuntura, y medir las palabras que le ha de decir, y el modo con que se las ha de decir, para que la correccion y aviso se reciba bien y entre en provecho; y es todo menester: ¿y querrá el otro sin mas ni mas decir luego la falta á su hermano, y muchas veces *in fraganti*, so color de celo? No es ese celo de

(1) Regul. 31 communium.

caridad, sino una cosa muy contraria á la caridad, y que antes suele dañar que aprovechar; porque aunque tuviéseis mucha razon en ello, está á la mano la tentacion del otro, que dirá luego entre sí (y plegue á Dios no os lo diga de palabra), que ¿quién oshizo á vos superior, y para qué os entremeteis en oficio ajeno? *Quis te constituit principem, et judicem super nos?* Exod. II. Si vos decís al otro que lo que hace es contra regla, él os podrá decir, que el reprenderle vos á él tambien es contra regla.

Cuéntase de Sócrates, que estando comiendo con otros sus amigos en casa de un hombre principal que los habia convidado, reprendió ásperamente á uno de ellos, por no sé qué falta que le vió hacer en la mesa; al cual Platon, que estaba tambien allí presente, dijo: ¿No fuera mejor dejar eso para despues, y reprenderle aparte? Replicó Sócrates: ¿Y no fuera tambien mejor que vos me dijerais eso despues aparte? Rechazándole agudamente su reprension, y notándole que hacia él lo que reprendia. De esto sirven estas reprensiones; y así, no solo no es eso celo ni caridad, antes muchas veces es mala condicion del que reprende, é impaciencia é inmortificacion suya, que le da tan en rostro la falta de su hermano, y aun algunas veces lo que no es falta, que no se puede contener hasta decirse la, y con aquello parece que des-

cansa y queda satisfecho. No puede ó no quiere mortificarse á sí, y quiere mortificar al otro. El espíritu de mortificacion y de rigor es muy bueno que le tenga cada uno para sí, pero para su hermano siempre ha de tener un espíritu de amor y suavidad; que eso es lo que nos enseñan los Santos por palabra y por ejemplo, y lo que ayuda mucho á la union y caridad fraterna. De aquí se verá que si no es bueno reprender y corregir á vuestro hermano, aun cuando á vos os parece que lo haceis con buen modo y con caridad y blandura, menos lo será cuando le deis á entender la falta, no con tan buen modo, ni con tan buen término como eso; y así nos hemos de guardar mucho de esto, y generalmente de todas las palabras que pueden mortificar á nuestros hermanos.

Cuenta Casiano, *coll. 7, c. 17*, que disputando una vez el abad Moisés con el abad Macario, le vino á decir una palabra mortificativa y algo descompuesta, y luego al punto le castigó Dios, permitiendo que entrase en él un demonio tan feo y súcio, que le hacia meter en la boca horduras é inmundicias, hasta que haciendo oracion el abad Macario, fue libre de él: para que se vea cuánto aborrece Dios esta falta, pues así la castigó en un tan gran siervo suyo, y de tan probada santidad, cual sabemos que fue el abad Moisés. Y á imitacion de este castigo leemos

en las crónicas de la Orden de san Francisco (1), que un fraile viejo delante de un hombre noble de Asis dijo á otro fraile unas palabras ásperas y desabridas con alguna cólera; empero en diciéndolas volvió en sí; y viendo á su hermano turbado por aquellas palabras, y aquel seglar mal edificado, encendido en venganza contra sí mismo, tomó estiércol, y metiólo en su boca, y mascándolo decia: Estiércol masque la lengua que contra su hermano derramó veneno de saña. Y dice allí, que quedó aquel hombre noble muy edificado y como fuera de sí, viendo el celo y fervor con que aquel religioso satisfizo por su culpa, y quedó con mayor devoción á los frailes, ofreciéndose él y todas sus cosas para servir á la Orden.

CAPÍTULO XII.

Del buen modo y buenas palabras con que se ha de ejercitar el oficio de caridad.

El bienaventurado san Basilio, en un sermón que hace exhortando á la vida monástica, da un aviso y documento muy bueno para los que se ocupan en oficios exteriores, del modo que han de tener en ejercitarlos. Cuando os cupiere, dice, hacer estos oficios: *In eo advigila, ut ad laborem corporis, verborum etiam lenitatem adhibeas*: No os habeis de contentar

(1) Part. 1, lib. 2, cap. 25 Hist. Min.

solamente con el trabajo corporal, sino que habeis de procurar hacer con buen modo lo que haceis, y tener blandura y suavidad en vuestras palabras, para que los demás entiendan que haceis aquello con caridad, y así les sea grato vuestro ministerio, que es lo que dice el Eclesiástico en el cap. XVIII: *Fili, in bonis non des quærelam, et in omni dato non des tristitiam verbi mali. Nonne ardorem refrigerabit ros? Sic et verbum melius, quam datum. Nonne ecce verbum super datum bonum?* Esta es la sal que dice san Pablo que ha de hacer gracioso y gustoso todo lo que haceis; mas vale y mas se estima el modo y gracia con que servís, y las buenas palabras con que respondeis, que todo cuanto haceis. Y por el contrario, entended que por mucho que trabajéis y os canséis, si no lo haceis con buen término, y tenéis buenas palabras y respuestas, no se estimará ni tendrá en nada, sino todo parece que lo perdeis. *Sermo vester semper in gratia sale sit conditus, ut sciatis quomodo oporteat vos unicuique respondere.* Ad Colos. IV. Vuestras palabras y respuestas, dice el Apóstol, siempre han de ir llenas de sal de gracia y de suavidad, que me place y de muy buena voluntad. Por estar vos ocupado y tener mucho que hacer, y aunque no podáis hacer lo que os piden, no por eso habeis de responder sacudida y desabridamente á vuestro hermano; antes entonces habeis de procurar

que la respuesta sea tan buena, que vaya el otro tan contento y satisfecho, como si lo hiciérais viendo vuestras entrañas; como diciendo: Por cierto que me holgara mucho de hacerlo, si pudiera; pero ahora no puedo: ¿bastará hacerlo despues? Y si es por no tener licencia, decir: Yo iré á pedir licencia para ello. Lo que no pudiéreis cumplir con la obra, suplido con buenas palabras, de manera que se entienda vuestra buena voluntad. Esto es tambien lo que dice el Sábio: *Et lingua eucharis (id est gratiosa) in bono homine abundat.* Eccli. VI, v. 5. Las palabras dichas con gracia, y que muestran entrañas de amor, siempre han de abundar en el hombre bueno y virtuoso; porque se conserva mucho la caridad y union de unos con otros.

Dice san Buenaventura, que nos habemos de avergonzar de decir palabra áspera y desabrida que pueda ofender ó disgustar á nuestro hermano, aunque sea súbitamente, y sea primer movimiento, y aunque la palabra sea muy liviana; y si alguna vez aconteciere descuidarnos en esto, luego habemos de procurar confundirnos y humillarnos, y satisfacer á nuestro hermano, pidiéndole perdón. De san Dositeo se cuenta que era enfermero, y andaba con particular cuidado de no encontrarse con nadie, sino hablar á todos con mucha paz y caridad; pero como trataba con tantos, unas veces con el cocinero, sobre si se

ha de poner aquí esta olla; otras con el dispensero, porque no le daba lo mejor para los enfermos, ó porque no se lo daba luego: otras con el refitolero, porque le llevaba algunas cosas del refectorio; algunas veces hablaba alto, y decia alguna palabra áspera y desabrida; y confundíase tanto cuando le acontecia esto, que se iba á su celda, y postrado en tierra, hartábase de llorar hasta que iba allá san Doroteo su maestro, que lo entendía. ¿Qué es esto, Dositeo, qué has hecho? Él decia luego su culpa con muchas lágrimas: Padre, hablé con desden á mi hermano. San Doroteo reprendíale muy bien la falta: ¿Esa es la humildad? ¿Vivo estás todavía? Despues que le habia reprendido, decíale: Ahora levántate, que Dios te ha perdonado: comencemos de nuevo. Y dice que se levantaba con una alegría, como si oyera de la boca de Dios que le perdonaba; y tornaba á proponer de nuevo de nunca hablar á nadie con desabrimiento y aspereza.

Para que todos, así los que hacen los oficios de caridad, como los que los reciben, se aprovechen, da san Basilio dos avisos breves y sustanciales (1). Pregunta el Santo, ¿cómo harémos bien este oficio de servir á nuestros hermanos? Y responde: Si hacemos cuenta que sirviendo al hermano servimos á Cristo; pues él dijo: De verdad

(1) Basil. in quæst. 260 et 261 ex brevioribus.